

Fui hallado

Siddha yoguis comparten sus experiencias de gratitud

Cuando tenía siete años, sufrí una grave lesión en la mano. La primera noche después de haberme lesionado el dolor era insoportable. Lo único que pude pensar en hacer fue sentarme en mi cama y orar a Dios para que me ayudara a soportar ese dolor.

Después de muchas horas de oración llena de lágrimas escuché tocar una flauta. Era profunda, lenta y melódica. Me puse de pie en la habitación para determinar de dónde venía, pero parecía emanar de todas partes. Durante el resto de la noche permanecí sentado en el borde de mi cama tan cautivado totalmente por ese sonido que me olvidé por completo del dolor en la mano.

Después de ese evento sucedieron dos cosas importantes. Primero, mi mano se curó por completo. En segundo lugar, y de mucha mayor importancia, dentro de mí se creó un deseo ardiente de conocer a Dios. No entendía del todo lo que había sucedido aquella noche de la flauta, pero sabía que estaba conectado con mis oraciones a Dios. Tenía muchas preguntas, pero muy pocas respuestas. Durante los siguientes quince años exploré diferentes caminos y filosofías religiosas en busca de Dios. Muchos de los caminos eran reconfortantes, pero sabía en mi corazón que era posible tener una experiencia directa de Dios.

En 1982, durante mi último año en la universidad, recibí una llamada telefónica de una amiga. Ella me dijo: "Acabo de regresar a casa, conocí a un maestro de meditación. Deberías ir a Nueva York y conocerlo". Respondí que no podía viajar en ese momento. Ella simplemente dijo: "Está bien, solo escribe estas palabras". Procedió a deletrear lentamente el mantra *Om Namah Shivaya* y el nombre *Swami Muktananda*. Anoté las palabras, terminé la llamada cortésmente y regresé a mis estudios de ingeniería. Más tarde esa noche me fui a la cama y tuve un sueño. Estaba de pie al costado del camino intentando descubrir qué debía hacer para que esa sed ardiente de conocer a Dios se saciara. Tenía que haber una manera de detener esa angustia que había consumido quince de mis veintidós años en esta tierra. A lo lejos vi que se acercaba un carrito de golf blanco con una luz azul intermitente sobre el techo. A medida que se

acercaba, noté que había un hombre indio conduciendo el carro. Se detuvo frente a mí y dijo: –Sube.

Respondí: –No voy a ningún lado.

Él replicó: –Lo sé; ¡por eso debes subirte!

Me subí y nos fuimos. Tras unos momentos de silencio, el conductor del carro dijo: “Soy Swami Muktananda. Acabas de ser iniciado en el sendero de los Siddhas. Es un sendero completo. Un sendero perfecto. Solo debes seguir el mandato del Guru”.

La semana siguiente, mi amiga me invitó a asistir a un *sátsang* vespertino en el Centro de Meditación Siddha Yoga de Chicago. Durante el *sátsang* todos comenzaron a cantar *Govinda Jaya Jaya, Gopala Jaya Jaya*.

Al ir avanzando el canto, escuché algo que simplemente no era posible. Pensé: *esto no puede estar sucediendo*. Sentado en la sala de meditación escuché la misma flauta hermosa y melódica tocando la *misma* melodía que había escuchado quince años antes, cuando tenía siete. Esta vez, al igual que entonces, el sonido emanaba de todas partes. Me perdí en el sonido cautivador mientras ola tras ola de alegría me inundaba. Un torrente de lágrimas comenzó a brotar de mis ojos. Estas no eran lágrimas de angustia, frustración ni anhelo. Eran lágrimas de la alegría y el amor más exquisitos que jamás había sentido. En un instante, las preguntas cesaron cuando mi alma experimentó el gozo del reencuentro.

Gracias, Baba, por este regalo de amor. Gracias, Gurumayi, por mantenerlo vivo.

~un siddha yogui de Missouri, EE. UU.

